

están allí garantizados por las leyes y por las autoridades.

Faltar a la buena fe en el caso que contemplamos, es una ofensa inferida al propio país de donde es oriundo el nacional cuyos derechos se violan. Y cuando el gobierno no reconoce su falta ni repara los perjuicios que con ella ha ocasionado, la patria del ofendido está obligada a volver por los fueros de su nacional victimado. Esto lo hará primero por las vías diplomáticas; y en caso de una manifiesta denegación de justicia le quedará expedita la intervención armada.

12. No sucede lo mismo cuando la responsabilidad de los atropellos recae sobre las fuerzas revolucionarias; el gobierno que procura por cuantos medios estén a su alcance evitar los desmanes de los insubordinados, no tiene por qué responder de ellos. Deberá, pues, probarse al gobierno que no hizo lo que debía hacer para evitarlo, o el gobierno deberá probar que lo hizo y que su esfuerzo fue nulo.

El profesor Restrepo Hernández opina que, si un gobierno se hace responsable para con sus nacionales de los atropellos que sufran por parte de los revolucionarios, debe responder asimismo de los que se infieran a los extranjeros. Nos parece equitativo el postulado del sabio maestro porque no es humano colocar los intereses de los extranjeros por debajo de los que son propiedad de los nacionales.

13. La ley colombiana exime a la nación de los daños y perjuicios causados por los revolucionarios a los nacionales y a los extranjeros. La consagración de este principio mediante la ley de 16 de marzo de 1848, levantó protestas en algunas naciones extranjeras, pero ante la justicia de la tesis hubo de triunfar nuestra doctrina. Las reglas de esta importantísima materia se hallan reguladas en el derecho internacional privado, y nos haríamos interminables si pretendiéramos profundizar la cuestión.

LUIS FERNÁNDEZ MÁRQUEZ

MARCELA

POR PIERRE VALDAGNE

Pablo Trenier, aquel buen muchacho, por lo regular tan alegre, estaba muy triste en la mañana del día en que le presentamos en escena: con su chaquetón de terciopelo, su gorra de guardabosque y sus grandes botas amarillas, andaba a la ventura, sin hacer caso de los faisanes que se levantaban a su paso, aleteando ruidosamente, ni tampoco de las liebres que de un salto cruzaban el sendero, mostrando la mota blanca de su cola levantada.

Marcela estaba a punto de marcharse: debía seguir como camerera a la condesa de Vertval, su madrina, que regresaba a París muy tarde aquel año, es decir, en los últimos días de diciembre, pues la estación había sido magnífica, y el conde de Vertval, gran cazador, resistiéndose hasta entonces a privarse de su diversión favorita, había multiplicado las invitaciones.

Marcela se iba, y Trenier adoraba a Marcela. Ciertamente estaba tranquilo, porque volvería en la próxima estación, tan linda, tan graciosa, con la misma mirada serena y dulce, y con su largo cabello negro, que era su orgullo, también volvería fiel al amor que poco tiempo antes la declarara sinceramente, de la manera más sencilla y sin frases pomposas, ya que era una simple aldeana; pero en fin, iba a partir, y aquella separación de algunos meses parecía muy dura al buen Pablo Trenier.

Los dos se habían criado en el castillo de Vertval, en el centro de Perigord, sin separarse nunca. Marcela era hija de uno de los colonos de la condesa, quien había consentido en ser su madrina en las fuentes bautismales, dándole el nombre de Marcela, nombre que los campesinos alargaron muy pronto, según su costumbre, sin duda

para que fuese más sonoro. Después, muerta su madre, Marcelota, según dieron en llamarla, fue recogida en el castillo, donde creció junto al pequeño Pablo Trenier, hijo del guardabosque del conde.

La condesa Vertval, por lo demás, no había vuelto a ocuparse de su ahijada, pues al consentir en ser madrina de Marcela, no pensó jamás en comprometer en lo más mínimo su responsabilidad, y hasta ignoró largo tiempo que la niña habitaba en su castillo, donde ella no pasaba más que algunos meses del año.

Pablo Trenier fue quien condujo allí a la huérfana, y muy pronto llegó ésta a ser la alegría de algunos viejos criados que habitaban el castillo todo el año, después de haber servido largo tiempo a los condes de Vertval que, por una antigua y respetable costumbre, tenían en aquella morada sus inválidos.

Marcela cautivó bien pronto a toda aquella buena gente, que la mimaba y admiraba. Un viejo servidor que había visto morir al padre del conde actual, enseñóle a leer y dio principio a su educación rudimentaria, al mismo tiempo que a la de Pablo, huérfano a su vez, pues el guardabosque había sido muerto por una bala de un cazador furtivo, a quien nunca pudo descubrirse. Marcela aprendió poco a poco a prestar servicios; más tarde, cuando ya era grandecita, eligióse para ayudar en sus trabajos a la costurera, pobre anciana, cuya vista comenzaba a debilitarse, y a todas las atenciones que se dispensaban a Marcela, pagábalas ésta con su cariño, su solicitud y sus gracias.

Pablo Trenier, robusto y fuerte, aprendía el rudo oficio de su padre. Los años pasaron así, y Pablo cumplió veinte la víspera del día en que Marcela llegó a los dieciocho.

Y era agradable, durante las veladas de invierno, ver alrededor de la colosal chimenea de la cocina al joven guardabosque sentado junto a Marcela, mirándola timi-

damente, con una admiración de que apenas comenzaba a darse cuenta; mientras la niña, con su aire picaresco y adivinando sin duda, alguna cosa, miraba a Pablo sonriendo.

Marcela era para Pablo su ídolo; una palabra suya habría sido suficiente para inducirle a prender fuego a los bosques del conde, a pesar del inmenso cariño que les profesaba, porque allí podía pensar en ella en medio de un silencio profundo y durante horas enteras. No se creía feliz sino cuando ella le prometía aceptar su auxilio en cualquier trabajo demasiado fatigoso para sus fuerzas, y entonces entregábase a su tarea con tanta alegría que, a pesar suyo, entonaba alguna ruidosa canción.

Y era porque en aquella joven tan fina y delicada parecía observar un marcado sello de distinción cuando cruzaba las salas del castillo. Muy pronto Trenier comprendió que era un inmenso amor lo que llenaba su corazón, y entonces tuvo miedo.

En cuanto a él, bien sabía que era tosco y nada simpático ni elegante, como ella, y a menudo renegaba de su rudo aspecto, que le hacía parecer muy vulgar, y, sobre todo, de su limitada inteligencia, falta que él mismo reconocía con pesar al cometer alguna torpeza delante de Marcela, o cuando la esperanza de ser amado de ella colmábale de alegría, manifestándose ésta por una ruidosa carcajada o las más toscas frases. Marcela le miraba entonces con el aire de una gran señora, y Pablo quedaba confuso, desesperando de refinar nunca sus modales, ni reducir aquella exuberancia de vida, por la cual debía parecer demasiado ordinario a los ojos de la joven. ¡Cuánto hubiera dado por poder imitar los graciosos modales de los señores del castillo! Pero cuanto más los observaba, menos podía aprender, no, jamás llegaría a tener su desenvoltura, ni le sería dado hablar con ellos. ¿Cómo lo hacían para encontrar tantas y tan

agradables frases, mientras él permanecía silencioso cuando estaba solo con la mujer adorada, dominado por una timidez que le paralizaba la lengua? Muchas veces quiso declarar su amor; muchas veces pareció que Marcela estaba dispuesta a escucharle; mas no podía decirse, temeroso de oír su propia voz al declarar su pasión en medio del largo silencio de sus entrevistas, y poseído de angustia al pensar que tal vez la joven le contestaría con una cruel carcajada.

Marcela había adivinado esta adoración; su instinto de mujer le advirtió que existía algo más que buen compañerismo en las atenciones que Trenier le prodigaba, y agradecíasele mucho en el fondo. En su immaculado corazón de joven, el amor se formulaba independiente de todo atractivo físico; comprendía la vida de los dos como una asociación de esfuerzos y de buenas voluntades, y veía, sin tratar de explicarse y por efecto de qué misterio, la prole que podrían tener y de la cual cuidarían ambos. No se le ocultaba a Marcela que entre marido y mujer debe reinar la mayor confianza, y en este punto era para ella una garantía el carácter franco y leal de Pablo. También estaba segura de que la respetaría y protegería, pero no sospechaba que pudiera producirse una embriaguez loca en el amor, y dio su corazón al hombre cuyos menores ademanes y más insignificantes palabras revelaban su adoración.

Pero como a pesar de su ingenuidad y candor era muy maliciosa y traviesa, divertíanle las vacilaciones del enamorado mancebo, quien no osaba hacer la declaración que ella veía próxima; y sin echarlo de ver, mostrábase coqueta con su adorador.

Cierto día Marcela cayó enferma, poca cosa..., casi nada, una ligera fiebre, que se cortó muy pronto; pero Pablo, sombrío e inquieto, fruncía el ceño y se desataba en imprecaciones que se perdían en su espeso bigote

rojo; mostrábase muy reservado y apenas contestaba a los que, arrostrando su aspecto hostil, le dirigían alguna pregunta. Más de cien veces al día se acercaba a la puerta del aposento de la joven, dispuesto a entrar y sin atreverse a ello, temeroso de ver su rostro pálido, antes tan sonrosado, y temeroso también de que su voz bronca resonase demasiado en la habitación de la enferma. Después, cuando mejoró el estado de la joven, su inmensa alegría se desbordó, y el día en que entró por fin a verla, tímido y torpe como siempre, y Marcela le dijo: «Vamos, Pablo, ya ves que estoy bien, aunque algo débil», dos gruesas lágrimas cayeron de los ojos del buen Pablo e hizo una mueca, porque sentía al mismo tiempo deseos de reír y de llorar.

Y aquel mismo día fue cuando Marcela, muy conmovida a su vez, asíóle de las manos y le dijo:

—Escucha, Pablo, no se me oculta que me amas hace largo tiempo; tú no te atreves a decir nada, pero lo adivino.... ¿No es así? Pues bien: yo te amo igualmente, me casaré contigo, y seré buena y fiel; ya lo verás.

De este modo, sin muchas frases ni rodeos, se comprometió con Pablo para toda su vida.

Hacia la misma época, la condesa de Vertval, fijó su atención en Marcela, a quien había olvidado casi.

Era ya una joven alta, de talle muy esbelto, seno prominente, cuyos latidos, marcándose con regularidad bajo el corsé, indicaban vigor y juventud, manos pequeñas y brazos redondos, pies modelados; pero lo que más llamó la atención de la señora de Vertval fue la expresión inteligente de Marcela, sus ojos negros, que revelaban la actividad del espíritu, el deseo de anticiparse a todo y también la graciosa sonrisa que entreabría sus labios, comunicando al rostro singular dulzura, la más propia para atenuar la malicia de su mirada. En todo el conjunto notábase un marcado sello de distin-

ción y, a pesar de su natural desenvoltura, sabía mostrarse reservada y digna.

—Pero, Marcela, ¿estoy soñando?—dijole un día la condesa.—¿Eres tú misma que yo tuve en brazos el día de tu bautizo? ¡pues ya eres toda una mujer! ¿Sabes que me envejece mucho esto?

—He crecido bastante, en efecto, señora condesa....

—Y eres muy linda.... Ya debes saberlo. ¿Qué haces aquí tú?

Marcela manifestó cuál era su ocupación en el castillo, diciendo que entonces tenía a su cargo toda la ropa blanca, y además llevaba el libro de cuentas de la cocina, porque escribía y contaba bien.

—¿Quién te ha hecho ese vestido?—preguntó la condesa, admirada al observar el corte sencillo, pero en extremo correcto, del traje.

—Pues yo misma, señora condesa.

—Te sienta perfectamente.

—Lo he copiado—añadió Marcela ruborizándose,—de un grabado del *Diario de la Moda* de la señora condesa,...; tal vez haya hecho mal, porque es demasiado elegante y ciñe mucho.

—Nada de eso; estás encantadora así.

De repente ocurrióle una idea a la condesa.

—Escucha Marcela—dijo,—ya sabes que mi camarera Lina cesa en el servicio, porque se casa. ¿Quieres ocupar su puesto? Vendrás a París conmigo, yo te enseñaré pronto, y serás muy feliz.

Marcela vacilaba.

—¡Hola!—exclamó la señora Vertval,—¿es que no quieres salir del castillo? ¿Tienes algún amorío por aquí?

—¡Oh! no, señora.

Marcela no osaba contar el amor de Pablo Trenier.

La proposición fue admitida, y la condesa se alegró muchísimo, porque estaba segura de convertir muy pronto a la joven en una camarera elegante y de buen tono.

II

Mientras Pablo permanecía en el castillo, frío y solitario para él, desde que la joven no le animaba con sus idas y venidas, Marcela, por su parte, tomaba posesión de París.

Apenas llegada, encontróse muy a su gusto en la ciudad monstruo, sin que le perturbase su continuo estrépito; pero como el conde de Vertval habitaba en la plaza de Malesherbes, en un barrio muy rico y aristocrático, la joven no conocía las miserables calles y los centros cuajados de populacho, que sin duda le hubieran infundido temor.

El palacio del conde fue para ella una maravilla; el gusto exquisito de la condesa y los caprichos de su esposo, sumamente aficionado a las artes, habían contribuido poderosamente a convertir cada habitación en una obra maestra.

El gabinete de la condesa, tapizado de seda al estilo de Luis XV, con sus elegantes sillones dorados y todos sus adornos a la Pompadour, era una preciosidad; en el monumental comedor, algo sombrío por efecto de la altura del techo y las tapicerías de una sola pieza, en las cuales brillaban dieciseis aplicaciones de plata maciza, veíase en el fondo, por un lado, la gran chimenea, y, por el otro, un enorme aparador cargado de lujosa vajilla; el gran salón, del todo moderno, estaba cuajado de ricos muebles, estatuas, adornos raros y plantas; y por último, la habitación de la condesa, tapizada de seda de China, de color de rosa con blondas, las arañas de Venecia y los cuadros de celebrados maestros, completaba el magnífico conjunto.

Marcela se juzgaba muy feliz en medio de aquellas elegancias, porque satisfacían dulcemente muchas inclinaciones mal definidas que en ella se despertaban. Hubiérase dicho que en la joven se producía una nueva naturaleza, al parecer muy refinada y conocedora de las

bellezas de artes. A veces permanecía largo rato ante el lienzo ahumado de un maestro holandés, que representaba con viva emoción existencias adivinadas por el artista, admirando las raras finezas de un claroscuro, prodigiosamente hábil. Y esto era tanto más singular, cuanto que personas más ilustradas, más conocedoras de las manifestaciones del arte, solamente habrían visto allí una pintura tosca, una iluminación ennegrecida por el tiempo.

En el medio ambiente donde entonces vivía, sentíase Marcela también más en contacto (aunque indirecto todavía) con el mundo exterior, con la sociedad elegante, agitada de esa fiebre parisiense que multiplica las facetas de la impresionabilidad, que complica las sensaciones, centuplicándolas, y hace vivir a varias existencias en una.

En el castillo de Vertval, Marcela había manifestado ya inclinación a retraerse de quehaceres puramente materiales; pero esto no la condujo sino a una vana meditación mal definida y sin objeto; ahora veía claramente seres que tan sólo se alimentaban de las cosas de espíritu; adivinaba una actividad del pensamiento en aquellas cabezas de la gente de mundo y comprendía que era una existencia muy distinta de la que ella había conocido hasta entonces, pero mucho más interesante y apasionada. Hasta Marcela llegaban ecos de refinamiento de las costumbres de la seducción.

Bajo el traje de campesina de la joven, bajo su sencillez e ingenuidad, la condesa de Vertval había adivinado la mujer curiosa, que ansiaba saber y a quien halagaba todo cuanto era bonito y gracioso. Interesábase mucho en aquella brusca revelación, y ayudó a que se desarrollara la inteligencia de su nueva camarera. Complaciale mucho hablar con la joven, y divertíale en extremo sus contestaciones y chistes originales. Cierta día

sorprendió a Marcela en la biblioteca del conde leyendo un libro de que se había apoderado y que tenía por título: *La mujer en el siglo XVIII*.

—¿Te interesa eso, hija mía?—preguntó la señora Vertval un poco admirada.

—¡Oh!, sí, señora, mucho.

Desde entonces Marcela fue discípula de la condesa, quien se interesó en despojar de su ruda corteza a la mujer superior que adivinaba en su ahijada; descubría en ella un nuevo sér, con el cual encariñóse sinceramente. No le fue difícil conseguir que la joven confesase cuanto sentía en su interior, y así supo que sus inclinaciones eran muy refinadas; instruyóla con solicitud, dejándole todo el tiempo necesario, y permitió que llegasen hasta Marcela los ecos de la vida de la alta sociedad.

Cierta día que hablaba con su esposo de esta especie de adopción, el conde le contestó sonriendo:

—Está muy bien: hagamos una señorita de esa Marcela, que ya me había llamado la atención cuando estábamos en Vertval.... Noté que tenía cierto sello de distinción, y siempre creí que la mujer del colono, muy hermosa, según recuerdo, debió ser sorprendida algún día por cualquier gran señor, de quien Marcela es hija verdadera... Por otra parte, no eres tú la única en hacer tales descubrimientos, pues yo también comienzo a descubrir que mi joven secretario, Renato Berard, es un hombre inteligente y digno, por lo cual me propongo hacerle progresar.

III

El conde de Vertval distraía sus ocios escribiendo una obra sobre cinegética, bastante voluminosa, para la cual necesitaba numerosos documentos, y, por lo tanto, había buscado un secretario; todas las mañanas, Rena-

to Berard trabajaba con él, y el señor de Vertval estaba muy satisfecho de su colaboración, porque el joven era inteligente, sumamente instruído y con muy buen criterio. Hombre de veinticinco años, de aspecto varonil, era muy pobre y vivía solo con su madre, a quien un cataclismo financiero privó a la vez de fortuna y de esposo. Renato, educado para más brillante porvenir, llevaba dentro de sí con resignación una profunda melancolía: era de carácter ardiente, fácil de entusiasmarse y soñaba en grandes cosas. Ahora bien: la casualidad quiso que se enamorase de Marcela, sin tratar de ocultárselo, y desde aquel instante la pobre joven se creyó perdida.

Hacia algún tiempo espantábase ella misma de los enormes progresos de su imaginación y veíase en un todo diferente de lo que antes era. En vano trataba de luchar contra aquella inclinación, cada vez más fuerte, a todas esas cosas finas y elegantes que constituyen el código mundano; pero sus aficiones se imponían cada vez más. Comprendía cuán peligroso era hacerse muy superior a Pablo Trenier, aquel hombre sencillo que nada de esto comprendía, y hubiera querido evitarlo.

Pero hé aquí que pronto se produjo una metamorfosis en su corazón; poco a poco el amor en el alma de Marcela tomaba ahora una forma muy distinta, y con sus ideas sobre el matrimonio mezclábanse ahora consideraciones de elección y deseos de mejorar. Era, menos sano, tal vez, pero seguramente menos rudo que la concepción brutal del amor en la gente del campo; era una cosa delicada, con dulces ensueños, graciosos modales, palabras armoniosas y elegantes costumbres.

Y, precisamente, Renato Berard llegó en el momento oportuno para dar cuerpo a todas estas meditaciones peligrosas. Marcela resistía, protestaba con todas sus fuerzas; mas, a pesar suyo, un amor nuevo, mucho más

conforme con sus íntimas aspiraciones, posesionábase de ella, haciéndola pasar por crueles alternativas.

La pasión que a Renato había inspirado Marcela era sincera; en primer lugar, la belleza de la joven le había impresionado vivamente; admiraba su gracia, su esbeltez, sus finos modales, y además (pues ya habían hablado con frecuencia) había entre ellos mucha afinidad de inclinaciones y marcada prevención contra todo lo que era vulgar. Por otra parte, como Renato era pobre y demasiado orgulloso para buscar en el matrimonio una situación que no hubiera debido a su valer, la pobreza de Marcela era una causa más para que deseara tomarla por esposa.

En este sentido habló con franqueza al conde, como única persona de quien la joven dependía; el señor de Vertval se lo comunicó a su esposa, y aquella unión pareció a los dos muy razonable. En cuanto a Marcela, muy pronto tuvo conocimiento de la demanda oficial hecha por Renato.

Apenas la condesa pronunció las primeras palabras, sintió latir su corazón apresuradamente; estaba persuadida de que amaba a Renato y de que a nadie amaría sino a él, y también comprendía, con el espanto que inspiran las cosas irreparables, que su compromiso con Pablo Trenier había sido temerario; que su corazón fue sorprendido en el aislamiento en que vivía; que no le amaba ni había experimentado nunca por él más que una sincera afección maternal y una inconsciente piedad ante su muda e inmensa adoración.

La condesa de Vertval quedó sorprendida al oír a Marcela pedir un plazo de tres días para contestar definitivamente. ¡ Ah! Hubiera podido dar una respuesta inmediata, porque ya estaba resuelta sobre lo que debía hacer; había prometido su mano al pobre mozo que la esperaba en el castillo, y no se creía, por otra parte, con

derecho para rechazar ahora a un hombre que se le había ofrecido y a quien aceptó. Sin embargo, deseaba tres días para ponerse sobre sí, a fin de que su voz no temblara al pronunciar la negativa, rehusando la felicidad que le brindaban, y también para retardar el momento en que sería necesario renunciar para siempre a esa dicha y exclamar: «¡Todo ha concluido!.....»

¡Qué pronto pasaron aquellos tres días! Y cuando llegó la hora de la dolorosa resolución, Marcela pronunció enérgicamente el *no*, aunque con una fuerza algo ficticia, con la que apenas pudo reprimir un sollozo, al ver detrás de una cortinilla a Renato Berard, que se retiraba tristemente, llevándose consigo, sin saberlo, el corazón de la joven.

IV

El conde de Vertval había ido a inspeccionar algunos cortos en sus bosques en los primeros días de marzo.

Acompañábale su guarda Trenier.

Hacia ya algunos días que Pablo esperaba aquella oportunidad, y arreglóse muy pronto para que la conversación recayese sobre Marcela.

—¿Sabes tú—díjole el conde—que la niña ha rehusado un buen partido en París?.....

Una viva alegría iluminó el rostro de Trenier.

—Marcela—continuó el señor de Vertval—ha llegado a ser demasiado ambiciosa; se formó muy pronto, y ahora tiene aspiraciones que no guardan relación con su estado. ¿No recuerdas sus aires de gran señora?..... Pues bien; su estancia en París ha desarrollado sus tendencias aristocráticas..... Y hétela aquí, en un callejón sin salida. Mi secretario la pidió por esposa, y el pobre chico está desconsolado.

—Si Marcela no le ama.....—se aventuró a decir Trenier.

—A decir verdad, es difícil en su elección, tal vez demasiado. Berard es un partido muy ventajoso para ella, porque está muy bien educado, es inteligente e instruido, y yo me intereso mucho por él, lo cual ya es algo. Si el ministerio se sostiene algunos meses más, haré que le nombren subprefecto. ¿Qué más podría pretender ella?

Pablo Trenier se había mostrado muy alegre al principio, no viendo en la negativa de Marcela sino una prueba de su fidelidad a su palabra; pero, de repente, se entristeció. En cambio de aquel porvenir brillante que la joven rehusaba, ¿qué podría él ofrecerle? Su negativa era una prueba de amor de aquella a quien tanto adoraba; pero, ¿le bastaría a Marcela el suyo? Según acababa de oír, era completamente una sañorita, y ahora le parecería el guardabosque más tosco y rudo que antes. Había hecho mal en dejarla marchar..... Le habían transformado a Marcela..... «Ya no me amaré»—pensaba el infeliz.—Pero el alma de Pablo se sublevaba y sentía nacer la cólera contra aquel Berard que había osado amar también a Marcela. Por otra parte, ¿debía ella preferirle a él, ignorante y torpe, al joven superior de quien el conde le hablaba? ¿Estaría Marcela segura de amarle lo suficiente? ¿Y era justo que él, Trenier, aceptara aquel amor si la joven había de ser menos feliz?

Con estas reflexiones despertóse en Pablo un sentimiento de angustia dolorosa; era preciso cumplir un deber, averiguar con certeza dónde estaba la dicha de Marcela, y obligarla a que la aceptase, aunque con ello sufriera su corazón. Sin embargo, ¡qué penoso fue para él jugarse la felicidad de toda su vida!...

Durante las largas semanas que precedieron al regreso de la joven, aquella incertidumbre del porvenir le martirizó cruelmente, y cuando, llegado el verano, Marcela volvió al castillo con la condesa de Vertval, Pablo no tuvo valor para ir a verla; tanto temía reconocer que

la joven se había transformado, en efecto, lo bastante para que le fuese forzoso renunciar a ella.

Sin embargo, era preciso ir.

—Pablo—díjole Marcela,—he vuelto tuya, como te lo había prometido. Casémonos; pero que sea cuanto antes.

—Pero, ¿a qué viene ahora esa prisa, y cuál es la causa de esa tristeza que se indica en tu voz?

—La señora condesa lo sabe—añadió Marcela,—y consiente en ello.... ¿No estás contento?

La señora de Vertval estaba prevenida, efectivamente, porque Marcela, apurada por sus preguntas, confióle que había dado su palabra a Trenier, lo cual produjo en la condesa el mayor asombro. ¡Cómo podía creer que rehusase la mano de Renato Berard, joven instruído que conocía el mundo y podía, gracias al apoyo del conde, hacer una brillante carrera, para unirse con Pablo Trenier, hombre honrado, ciertamente, pero tosco y sin educación!

Pero Marcela se mantuvo inexorable, limitándose a contestar con lágrimas en los ojos:

—Lo he prometido....

Sin embargo, Trenier la miraba, y veía que todo era verdad. Había cambiado más aún de lo que él suponía. Su andar era gracioso, sus ademanes revelaban desenvoltura, sus sonrisas, sus miradas y sus frases eran propias de una mujer de buen tono, una de aquellas que Pablo veía en el castillo entre los invitados de la condesa, y que él consideraba pertenecientes a un mundo distinto; que él no podría nunca comprender. ¿Cómo aquella delicada y elegante joven había de ser la esposa de un pobre y oscuro guardabosque, de un palurdo?... Pablo pensó que esto sería una humillación para ella, y quiso evitarla.

Y mientras la contemplaba observando su delicado rostro, muy pálido, y su expresión dolorosa, rasgóse el

velo que aún cubría sus ojos y adivinó que Marcela amaba a Renato Berard, y que se sacrificaba en aras de su promesa.

¡Pues no! De ningún modo consentiría esto. Su deber estaba bien marcado esta vez... Era angustioso; pero debía cumplirlo.

Comprendió, además, que Marcela, por su parte, no confesaría nada, y, adoptando una resolución bruscamente, disimuló sus impresiones. Aquel hombre franco y leal las encubrió bajo una máscara: él, que jamás había faltado a la verdad, inventó una mentira, y con falsa timidez se excusó.... «Ignoraba lo que había pasado en él, y por criminal que fuese, había olvidado a Marcela amando a otra, con quien debía casarse.... Era preciso... Estaba completamente obligado a ello...»

—¡Mientes!... —exclamó Marcela.—Es a mí a quien amas.

—Ni un instante se dejó engañar por aquel heroísmo.

«¿No habré podido disimular lo bastante para consumir hasta el fin mi sacrificio?—preguntábase Marcela.

Pero dispuesta, a pesar de todo, a llevarlo a cabo, mostróse dulce, buena, seductora. Pablo Trenier, sin embargo, no cedió.

—Vamos—dijo; lo que me dices no es cierto... Yo sé que me amas, y también te amo yo.... Te he dado toda mi vida... ¿No es verdad que me engañas?

—No.

—He vuelto para casarme contigo; quiero que me tomes por esposa, y tú no puedes rechazarme.

¡Ah! Si ella hubiese podido arrancarle una confesión, Pablo se habría visto obligado a ceder, aceptando la felicidad...

Sí, la joven procedía de buena fe; deseaba ser esposa de Pablo Trenier, y comprendía, por más que él dijese lo contrario, que ella lo era todo para él, que Pablo

había contado con su palabra; estaba, además, seguro de que le amaría... Poco a poco olvidaría sus ilusiones, para adaptarse al carácter rudo, pero leal, de aquel hombre. Pero Pablo se mantuvo inflexible.

Entonces Marcela experimentó dolorosa angustia ante aquel sacrificio sublime, cuya grandeza comprendía y que le parecía más hermoso que el suyo propio.... Y aquel hombre le pareció entonces superior.

—No quiero. ¡Se ha concluído!—había dicho Trenier, pronunciando estas palabras con voz dura y baja la cabeza, como fiera acorralada por el cazador. El guardabosques se mostró más duro, más grosero de lo que era en realidad y consiguió representar su papel....; pero no engañar a Marcela.

Pablo Trenier encontró una campesina, con la cual se casó muy pronto, y aquel día vagó en sus labios la sonrisa de mártir que se sacrifica feliz en medio del suplicio adorando como antes a la mujer que amaba y perdiéndose para ella para toda la vida.

